



IPAZUD
Instituto para la Pedagogía,
la Paz y el Conflicto Urbano.
Universidad Distrital
Francisco José de Caldas

Virilidad y Subjetividad revolucionaria: elementos conceptuales para el estudio del periodismo de oposición en México: la revista *Política*, 1960-1967

Revolutionary manhood and
subjectivity: Conceptual
elements to study opposition
journalism in Mexico: *Política*
journal, 1960-1967

Masculinidade Revolucionária
e subjetividade: elementos
conceituais para estudar
jornalismo oposição no México:
Política jornal, 1960-1967

Juan Carlos Sánchez Sierra.¹
jcarlossierra@gmail.com
Universidad de La Salle
Bogotá – Colombia

Artículo recibido: 16/10/14
Artículo aprobado: 3/12/14

Para citar este artículo: Sánchez, J. C. (2015).
Virilidad y subjetividad revolucionaria: elementos
conceptuales para el estudio del periodismo de
oposición en México: la revista *Política*, 1960-1967.
Ciudad Paz-Ando, 7(2), 8-29

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2014.2.a01>

¹ Ph.D. Docente-investigador de la Universidad de La Salle (Bogotá-Colombia). Se desempeñó como becario posdoctoral del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México,

Resumen

En este artículo se examinan algunas facetas del ejercicio periodístico de oposición congregado alrededor de la revista *Política*. Con el uso de columnas periodísticas, editoriales, y cartas enviadas a la redacción de *Política* como insumo empírico, con este análisis se busca establecer la posible relación entre la formación de un perfil ideal de periodismo comprometido, y la formación de un modelo de subjetividad revolucionaria masculino a comienzos de la década de 1960. A través de un examen de la emergencia de un arquetipo asociado con la idea del Hombre Nuevo, se argumenta que los valores que marcaron el periodismo de la izquierda mexicana con un aura moral fortalecieron la vivencia subjetiva masculina de la militancia de izquierda, y al periodismo como una de las facetas del heroísmo revolucionario. Con el estudio de los valores asociados al periodismo de oposición, y el efecto que la represión tuvo en periodistas y lectores, se intenta poner a prueba la funcionalidad de nociones tales como periodismo heroico, subjetividad revolucionaria, y esfera pública alternativa.

Palabras clave: Periodismo de oposición, izquierda mexicana, subjetividad, revolución, heroísmo

Abstract

This article explores several features of the opposition journalism practiced in the publication *Política*. Using opinion articles, editorials and private letters sent to *Política's* editorial board as empirical supplies, the purpose here is to analyze the relationship between the formation of an ideal profile of committed journalism and the shaping of a masculine template of revolutionary subjectivity at the beginning of the 1960s. By inquiring the emergence of an archetype linked to the idea of the New Man, the argument sustained here is that the values heralded by leftist journalism in Mexico gave to the profession an aura of revolutionary heroism fundamental for the shaping of such masculine subjectivity. Through the study of the values linked to opposition journalism and the effect that repression had upon journalist and their readership, the goal is to test the functionality of notions such as heroic journalism, revolutionary subjectivity, and alternative public sphere.

Keywords: Opposition journalism / Mexican left / subjectivity / revolution/ heroism

Resumo

Este artigo explora vários aspectos do jornalismo de oposição na revista "Política". Com o exame de editoriais, artigos de opinião e cartas enviadas ao conselho editorial. A intenção aqui é analisar a relação entre a formação de um perfil ideal de um jornalismo comprometido e a concepção de um modelo masculino de subjetividade revolucionária no início da década de 1960. Ao indagar o surgimento de um arquétipo ligado à idéia do Homem Novo, o argumento aqui sustentado é que os valores anunciados pelo jornalismo de esquerda no México deu à profissão uma aura de heroísmo revolucionário fundamental para a formação de tal subjetividade masculina. Através do estudo dos valores ligados ao jornalismo de oposição e o efeito que a repressão tinha sobre o jornalista e seus leitores, o objetivo é testar a funcionalidade de noções como jornalismo heróico, subjetividade revolucionária e esfera pública alternativa..

Palavras-chave: Oposição jornalismo / mexicano esquerda / subjetividade / revolução / heroísmo

Introducción

Durante una protesta contra la intrusión que venía sucediendo en Cuba desde 1960, Manuel Marcué Pardiñas y Luis Montiel —director y jefe de redacción de *Política*— consiguieron elevar los ánimos de los asistentes, y envalentonados le gritaron al presidente del Perú una protesta contra el papel que su país y otros de la región ejercían para favorecer la expulsión de la isla de la OEA, y otros dictados de los Estados Unidos. Como periodistas que eran, tenían acceso a

información, y sabían de sobra que el periodista norteamericano Jules Dubois, galardonado con la medalla al Heroísmo Periodístico, no era otra cosa que una avanzada diplomática de los intereses comerciales de los Estados Unidos desde mediados de la década de 1950. Este había sido artífice de esfuerzos diplomáticos realizados por el Departamento de Estado en los países donde tenían influencia negocios de prominentes políticos como los hermanos Allen y John Dulles,

y cuyo éxito más resonado fue la caída del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala en la década de 1950. Los periodistas mexicanos aprovecharon los ánimos caldeados para sobreponerse al temor natural a la escolta policial que mantenía la seguridad del ilustre visitante peruano, pero fueron capturados y conducidos a un calabozo, reclusos hasta que un recurso de amparo los sacó de la situación. Se trató de un acto que equivaldría a la condecoración de un estilo de periodismo comprometido y heroico, alternativo si se compara con el resonado premio otorgado a Jules Dubois, sólo que postulado desde la plataforma alternativa de la multitud juvenil que los acompañaba con júbilo viril como muestra de talante revolucionario.

Política surgió en mayo de 1960, y dejó de publicarse a finales de 1967 bajo la creciente presión del gobierno que progresivamente le fue mezquinando los insumos para su tiraje quincenal. En la revista se registraron los principales hechos nacionales e internacionales, combinados en un ejercicio de producción colectiva que se ubicó entre las principales posturas ideológicas de la época. En sus páginas también se siguieron algunos de los principales debates intelectuales, así como se forjó una generación que podría considerarse como primordial en la renovación de la izquierda mexicana. Pese a las inconsistencias ideológicas que marcaron su línea editorial, *Política* fue vista como el principal medio escrito de oposición en los años 1960. Nacida a comienzos de la década que fue testigo del desfogue represivo del régimen político mexicano contra las expresiones de solidaridad revolucionaria, *Política* emprendió el papel de convertirse en una vanguardia para la izquierda mexicana. Desde su primer número en Mayo de 1960, *Política* mereció elogios y reproches provenientes de un amplio espectro político

del país. De una parte, sus lectores vitorearon su persistencia en denunciar la crisis generalizada del país, por lo que los colaboradores de la publicación rápidamente se convirtieron en arquetipos de compromiso político, y portadores de las características idealizadas de lo que debía ser un revolucionario. Por otro lado, el gobierno respondió a ese apoyo y la amenaza que un periodismo independiente representaba para su legitimidad, con el escalamiento de las medidas represivas contra publicaciones y colaboradores que no se alineaban con los intereses del partido oficial. Lista para enfrentar *la magnitud de la empresa que significa sostener un criterio independiente y una crítica honrada*, la revista se involucró en debates relacionados con la formación política de la población, tales como la educación pública, el papel de la juventud en la vida nacional, y la amplia discusión despertada por el tema de los libros de texto gratuitos. El periodismo de oposición buscaba cerrar la brecha de una educación hierática que exaltaba una revolución manipulada por quienes pausaron su impulso y le dieron un carácter que privilegiaba valores conservadores, inoculados a la juventud a través de libros de texto cada vez más cercanos a los principios católicos desterrados de la educación; primero, a mediados del siglo XIX, y luego, en la década de 1920. Se trataba de una educación pública funcional para la nueva clase dirigente postrevolucionaria, en la cual se insertarían unas líneas morales rectoras para la sociedad que beneficiaban, una vez más, la injusticia social. (Vaughan, 2001; Sánchez, 2013)

Política se ubicaría así en la punta de lanza de la formación del carácter de los ciudadanos activos en la transformación del país, por lo que sus páginas nos ofrecen una ventana privilegiada para comprender la formación de subjetividades masculinas en la



© The Visual Explorer, shutterstock

oposición de izquierdas del México en la década de 1960. La revista también sirvió como proveedora de información y análisis del contexto internacional, algo a lo que de otra forma habría sido imposible acceder en otros medios impresos, radiodifusoras, la televisión o el cine, en tanto el monopolio político del PRI (Partido Revolucionario Institucional) venía aplastando las voces disidentes y, en particular, a las que se ubicaban en posiciones críticas desde la izquierda. (Rodríguez, 2007) El camino del periodismo de oposición en México era pedregoso, ya fuera por los ecos de rebeldía social en Cuba y toda Latinoamérica, o por los reclamos de sectores pobres del campo y la ciudad que desde las provincias incomodaban la imagen optimista que el PRI procuraba pulir cada seis años. Mantener esa ficción requería tramoyas de distracción y represión a la prensa disidente. Además, la presión del régimen estaba sumándose siempre a la fuerza cautivante del

“chayote”, que no era otra cosa que el soborno del que se alimentaba la “gran prensa” fiel a la mano del poder. Esto proyectó a *Política* como la única publicación de la amplia izquierda mexicana, de índole nueva, veraz, independiente y al servicio de las causas progresistas de nuestro pueblo. (Editorial, *Política*, 1961, 15 de febrero de 1961, p. 2)

Estos eran los impulsos que despertaban el ideal de unidad de la izquierda mexicana, y *Política* procuró hacer una difusión de debates, documentos y opinión. En la tarea de difundir documentos importantes para la actualización de los lectores en debates propios de la izquierda, la dirección dedicó la sección final de la revista a reseñas de libros, novedades literarias, crítica de cine, una sección para la música, otra para el teatro, y también unas páginas para las artes plásticas. Desde 1961, se amplió el número de páginas dedicadas a documentar procesos revolucionarios internacionales, la historia del país y debates



de interés para una izquierda en formación.² Estos elementos dejan ver cómo un propósito periodístico buscaba alentar la formación de una esfera pública para el debate político, donde se perfilaba un ideal revolucionario que maduraba en plena época del florecimiento de una masculinidad análoga en los países donde revoluciones aparecían triunfantes o en pie de lucha.

En su obra sobre la izquierda mexicana, Barry Carr sostiene como hipótesis que uno de los factores por los que la izquierda mexicana se distanció de los movimientos sociales que buscaba liderar, fue la carencia de una orientación ideológica sustentada en un alto nivel intelectual de cuadros, líderes y bases. (Carr, 1996) Dentro de esa perspectiva de interpretación, *Política* vendría a significar un intento de subsanar esa carencia de intelectuales cuyo compromiso diera muestras de la maduración política de la sociedad mexicana. Manuel Marcué Pardiñas pareció ser testigo de los efectos negativos de esos indicios que paralizaban a la izquierda, y con entusiasmo emprendió desde el periodismo la tarea de subsanar esos vacíos. Primero, a través de la publicación de la revista Problemas Agrícolas e Industriales de México (PAIM), quiso asentar los fundamentos teóricos y analíticos necesarios para articular diversas vertientes del marxismo con los programas políticos de las organizaciones de izquierda vigentes en la década de 1950. (Rivera, 2004) Esta publicación le dio amplio reconocimiento en el medio periodístico y académico. Progresivamente, y como si respondiera a esa carencia que décadas después denunció uno de los más profundos conocedores de la izquierda

del país, Manuel Marcué Pardiñas concibió la revista *Política*, que cedió paso entre sus páginas a reseñas y anuncios editoriales de interés para la cualificación de la izquierda mexicana, en lo que parecería un afán por elevar la calidad del debate.

El compromiso, la autonomía y la resistencia a la cooptación, además de la valentía para soportar el asedio represor del régimen, marcaron el periodismo de la izquierda con rasgos de heroísmo afines a una forma de masculinidad necesaria para completar la revolución de comienzos de siglo. *Política* sirve hoy como un barómetro privilegiado de esas pautas de asedio del régimen, y la búsqueda de autonomía de la oposición de izquierdas en el país. Ese carácter de heroísmo también estuvo atravesado por una asociación de las virtudes revolucionarias con el papel masculino en la construcción del cambio social. Esta característica de los valores y virtudes revolucionarias con los roles de género fue un aspecto central en la formación de subjetividades políticas en la década de 1960 en México; fue un factor que a su vez dio contornos precisos a la práctica del periodismo de oposición en aras de construir una esfera pública alternativa a la dominada por el régimen político. (Dahlgren, Sparks, 1993; Negt, Kluge, 1993) Con el uso de las columnas periodísticas, editoriales y cartas enviadas a la redacción como insumo empírico, en este artículo se analizan diversas facetas que intervinieron en la formación de un perfil ideal de periodismo comprometido con la causa de la izquierda a comienzos de la década de 1960.

Se entenderá por periodismo heroico la forma como el ejercicio de la profesión en la década de 1960 se revistió de una mística particular en la que los valores personales y principios morales regían una conducta

² A pesar de esta importancia, la investigación social ha dedicado escasas reflexiones sobre su influencia. Los principales trabajos que la estudian son (Trejo, 1970, pp. 61-78; Reynaga, 2007, pp. 10-52; Rodríguez, 2007, pp. 197-207; Cabrera, 2006, pp. 76-82; Perzabal, 1997, pp. 105-134; Sánchez, 2013, pp. 97-144).

que caracterizaba un ideal de masculinidad revolucionario. (Sánchez, 2013) Ante el influjo del éxito de la revolución en Cuba, en México floreció una tendencia de reorganización de la izquierda que tuvo en la continuación del proceso pausado en 1917 una meta, y un pueblo en el movimiento social de profesores, sindicalistas del gobierno, médicos campesinos y estudiantes. Este contexto incidió en los imaginarios sociales asociados a la profesión y dio un impulso inspirador a las publicaciones periódicas de oposición, tornándolas en el espacio de debate y promoción de los rasgos propios que daban tinte al compromiso por el cambio político. Allí donde los periodistas jugaron un papel heroico en su accionar como redactores de los acontecimientos del momento, la formación intelectual y el debate devinieron en la forma de interacción y prueba de compromiso con el cambio revolucionario en la política mexicana. Por subjetividad revolucionaria se entenderá un campo de prácticas de interacción que dan perfil a la forma de acción colectiva e individual en torno a pautas que pueden alcanzar un carácter normativo o ideológico, por lo que inscribe rasgos, valores y principios morales. Estos, en el caso estudiado, están orientados a favorecer y visibilizar la participación masculina, y en su sumatoria se configura una moral para el ordenamiento del carácter de los individuos que propicia una visión funcional del reconocimiento social por la vía del compromiso político.

POLITICA

Quince días de México y del Mundo



EL DE 1964-1970 (CARTON DE RIUS)
 ...media docena de secretarios de Estado y otros altos funcionarios...
 (Panorama Nacional, págs. 3)

\$300

Caricaturas políticas de Rius en revista *Política*. Foto de Anuar Ortega publicada en Internet.

Al examinar los valores asociados al periodismo de oposición y el efecto que la represión tuvo en periodistas y lectores, se intenta poner a prueba nociones tales como periodismo heroico, subjetividad revolucionaria, y esfera pública alternativa, como elementos que pueden permitir comprender la influencia que tuvo la idealización del activismo de oposición como una encarnación local del nuevo humanismo, que promovió una visión de la lucha política de izquierdas como un rol principalmente masculino. Aquí se examina la recepción que el público lector hizo del ejercicio periodístico de izquierdas que tuvo en *Política* un lugar de encuentro, y la manera como la retroalimentación que ese intercambio epistolar

promovió, forjaba una concepción del oficio como ejemplo de compromiso revolucionario con ribetes heroicos.

El análisis se organiza de la siguiente forma. En primer lugar, se hace un perfil del periodismo de izquierda a partir de la apertura de conciencia que realizaba *Política*; ese perfil arquetípico apuntaló los rasgos de una virilidad heroica que favorecieron un sesgo de género en el reconocimiento de la participación política de oposición en la década de 1960 contra el régimen del PRI. En segundo lugar, los valores del periodista comprometido se abordan en un análisis de la forma como en la revista se manifestaba un despertar de la conciencia social y la encarnación subjetiva del periodista como sujeto revolucionario. En ambos casos, la ambigua relación de *Política* con el público al que dirigía sus contenidos periodísticos sirve para demostrar las dificultades de la izquierda para establecer una propuesta política y periodística que se distanciara de las tradiciones políticas de paternalismo y subordinación femenina/juvenil en México. Finalmente, se hace un acercamiento a los conceptos de subjetividad revolucionaria y esfera pública alternativa, a la luz de la teoría social y el estado del arte en el tema para el caso mexicano.

Perfilando el hombre nuevo revolucionario: los inicios de la revista *Política*

En los meses álgidos de 1961-1962, durante los cuales la amenaza invasora de los Estados Unidos a Cuba promovió reuniones urgentes de la OEA en Punta del Este, el continente dio la espalda a la revolución, y México, que inicialmente respaldó la autodeterminación y soberanía de la isla a través de sus representantes diplomáticos, empezaba a recular en esa de-

cisión negativa para las élites políticas y económicas del país. Esto promovió el rechazo de la izquierda a la actitud mexicana, en un acto de solidaridad con la valentía del pueblo cubano. En la revista *Política*, bajo el seudónimo de José Felipe Pardinián, se dejó en claro que esa posición cubana no era otra cosa que *la voz noble y viril de la revolución, que en Punta del Este se hizo resonar, con renovados acentos*, mientras que, una vez más se evidenciaba la decadencia moral de la ya institucionalizada revolución, cuando “La delegación mexicana, para vergüenza nuestra, olvidando el ejemplo de Carranza y Acuña, balbuceó una cobarde doctrina reaccionaria, prostituyendo a nuestra maltratada y mentida Revolución” (Pardiñas, 1962, 15 de feb., p. 11).

Ni siquiera los modelos ideales de “lo revolucionario” que promovía el discurso político del régimen mexicano eran capaces de reintegrar el barniz democrático a un proceso político y social que devino en maquinaria autoritaria. La Revolución Mexicana no había generado un arquetipo humanista duradero, y ya en la década de 1960 el prototipo de liderazgo idealizado por el régimen mexicano mostraba las grietas propias de una crisis en los símbolos del poder. A menudo esa decadencia se figuró como imaginario, asociada como una idea de decadencia y decrepitud, la mayor parte del tiempo evocada con la imagen de una mujer. En una sátira al régimen, un periodista en correspondencia en el sur del país, describió a La Revolución, como una mujer que pasó de llevar “trenzas desafiantes y ser una desenfrenada iconoclasta de muchacha que bailó en los campamentos, que tragó el polvo de las duras jornadas, que curó las heridas y mitigó la sed de los guerreros en días de victorias y derrotas” se había trastocado para figurar envejecida y físicamente en decadencia:

Ha engordado. Su cuello, sus muñecas, sus dedos son el asiento de lujosas joyas. Usa perfumes caros y pieles de alto precio. Come en lujosos restaurantes, [...] educa a sus hijos en el extranjero y es aficionada a las comidas pan-tagruélicas y a pagar por una copa lo que no gana un campesino en una semana de trabajo. (Santos, 1962, 15 de mar., p 28)

Tras de mujer, traidora. Anulada como heroína, el papel de la mujer era acompañar y servir a su hombre, los héroes, los únicos que podían extender su existencia en el mármol de la historia. La figuración femenina en el imaginario de la izquierda no era el más favorable para su incorporación paritaria en el activismo opositor de izquierdas, y sobre todo el reconocimiento de su histórico papel en la lucha social. Si la revolución había de continuarse, volver a hacerse y completarse, debía ser un proyecto masculino de expresión de una virilidad que fecundaría con nuevos bríos el vetusto cuerpo que dejaron quienes arruinaron su carácter social en la década de 1920.

Otros ejemplos sirven para recrear las imágenes de lo masculino como revolucionario en la publicación. Durante la contienda electoral de 1961-1962, el proceso de sucesión presidencial, se decía que la incorporeidad del retrato del hombre corresponde con holgura a la vaguedad, imprecisión y profusión del programa, en referencia al populismo electorero y las avezadas maniobras para dilatar y adornar con lustre ritual el proceso de selección del virtuoso individuo premiado con la estafeta del poder. En efecto, el “tapadismo” “un complejo ritual en la cultura política mexicana” era criticado por surgir en el círculo mágico del secreto oficial, que imponía a la llamada ‘familia revolucionaria’ el candidato que la presidencia consideraba conveniente para continuar el proyecto. En el “dedazo”, el

viejo hombre elegía al nuevo hombre, y como revolucionarios allí fecundaban la continuidad y estabilidad del sistema político del PRI. Era un proceso por el que se seleccionaba el rostro del hombre capaz de cumplirlo y que posee los antecedentes necesarios para llevarlo a cabo. (Carrión, 1963, 1 de sep., p. 27). Si la Revolución Mexicana propuso un humanismo glorificado por el régimen en sus ceremonias oficiales, su decadencia abrió espacio para nuevos prototipos humanísticos asociados con la noción de “revolución” (Saldaña-Portillo, 2003)³. *Política*, así como la práctica del periodismo de oposición, constituyó una alternativa para restaurar los rasgos necesarios para que ‘lo revolucionario’ se conectara con lo viril, mientras garantizaba una verdadera vinculación de lo político con el cambio social que beneficiara a las mayorías, o que al menos cumpliera lo pactado en la constitución de 1917.

En esa línea de análisis, no menos interesante fue la manera como Ermilo Abreu, uno de los columnistas más representativos de la revista, asociaba el despertar de una conciencia política en la sociedad mexicana como un nacimiento a una nueva virilidad revolucionaria:

el mexicano comienza a saber que es hombre y que como hombre necesita vivir como viven los hombres, no los parias. Por eso el mexicano no teme ni a la iglesia, ni al infierno o la cárcel ni la presencia de doña disolución social. Sabe que es hombre y necesita ser hombre: sabe que le asiste la razón y que con la razón han de desvanecerse los fantasmas que lo agobian (Carrión, 1963, 1 sep., p. 27).

3 Acerca de la polisemia de “lo revolucionario” y la formación de subjetividades alrededor de esas nociones de política radical, más adelante se explora el argumento de María Josefina Saldaña Portillo como un punto de partida para tantear este debate.



Además de limitar el ámbito revolucionario al género masculino, se trata de un artículo en el que Ermilo Abreu examinaba la responsabilidad que tiene el periodismo para abrir los ojos de una sociedad que de otra forma se mantendría ignorante e inerte ante la compleja realidad del país, por lo que buscaba envalentonar a los sectores sociales de izquierda para promover la crítica, siempre orientada a abrir el camino a un cambio profundo. Lejos de ser un ejercicio esporádico, su columna quincenal, así como la firma que estampó en numerosos documentos publicados por la revista, fue evidencia de una intensa lucha por llamar la atención de los lectores de *Política* sobre el papel del periodismo en despertar la conciencia ciudadana. Pero esa conciencia debía jugar el papel de ocupar el espacio que el nacionalismo posrevolucionario colmó, y que sirvió para cimentar un periodo de prosperidad social y económica que el régimen se regocijaba en enunciar como uno de sus logros, y que sirvió como una fuente de imágenes y símbolos no solo para exaltar la masculinidad mexicana en su vertiente política, sino además como uno de las fuentes de adhesión y unidad nacional más importantes en la formación de la ciudadanía.

La izquierda promovía una reanimación de los valores del nuevo humanismo, en oposición a aquellos rasgos exaltados por el régimen resultante tras la revolución de 1910-1917. Ya en la década de 1960, ese parámetro humanístico se había reconfigurado merced a los cambios en la izquierda internacional, y se adecuaban a las condiciones del momento en México y Latinoamérica. En la misma columna resulta de interés que las fuerzas sociales congregadas alrededor del MLN (Movimiento de Liberación Nacional) fueran convocadas para la defensa de Cuba y la unidad de la izquierda. Se trata de una posición expresada

en múltiples artículos donde se criticaba a la OEA, y que impulsaba a los lectores a redefinir la subjetividad política del mexicano afín a la oposición al sistema:

el mexicano sabe ya que los hombres significan menos que los sistemas; que vale más un cambio de estructura que un cambio de personas; que vale más pensar que creer. Sabe que dentro de sí está naciendo un hombre nuevo a quien nadie puede dominar ni con promesas ni con amenazas. (Carrión, 1963, 1 sep., p. 27).

Un nuevo tipo de humanismo impulsaba el despertar político de la sociedad, que estimularía las características ideales de un individuo revolucionario y en cuya plenitud estaría la subjetividad heroica necesaria para reanimar los bríos encendidos durante la revolución de comienzos del siglo XX.

El objetivo era revertir su traición, prenda preciada del heroísmo y la mística de su gesta. La crítica a los sistemas de creencia y sus instituciones más representativas en el contexto mexicano se acompañaron de un interés por estimular la toma de conciencia en la sociedad que serviría para superar la frustrada búsqueda de la izquierda de cambiar de liderazgos y así devolver la Revolución de comienzos de siglo a su viejo cauce. En el fondo, la columna de Ermilo Abreu representaba una crítica a la vieja izquierda, y una inspiración para las nuevas generaciones para que rescribieran la historia nacional sin temor, pues estarían dando paso a un nuevo agente revolucionario, el Hombre Nuevo.

La revista *Política* fue un medio por el que se canalizó el diálogo entre periodistas y lectores ansiosos por un cambio en la sociedad y, que dispuestos a modular su perfil para que estuviera acorde con el propósito revolucionario, dieron un carácter particular a la prácti-

ca política de oposición que usaba como vehículo el periodismo durante la primera mitad de la década de 1960. Mientras allí se talló el perfil ideal de subjetividad revolucionaria, el periodismo se constituyó en una profesión arquetípica del compromiso político, la independencia respecto al régimen, y la virilidad necesaria para ajustarse a ese proyecto neohumanista. Esos eran los valores que mejor describían el ideal de hombre revolucionario, los cuales se estudiarán enseguida.

Virilidad y heroísmo: el dialogo epistolario entre *Política* y sus lectores

Política promovió un periodismo edificado sobre premisas pedagógicas que sería practicado por algunos de los más destacados intelectuales de mitad de siglo XX. Parte de ese carácter educativo fue posible a través del dialogo que estableció con sus lectores, quienes a menudo con sus frases iban tallando el bronce de sus proto-héroes refundadores de la idea de revolución. *Política* dio espacio a las cartas de lectores que enviaban notas, comentarios, críticas y exhortaciones, y que en general ensalzaban a la redacción con las más finas demostraciones del reconocimiento revolucionario. Como señaló Alejandro Álvarez Béjar en una entrevista concedida para esta investigación, *Política* dictaba la línea de la izquierda, y el hecho de haber nacido con cierta independencia frente a partidos como el PCM (Partido Comunista de México) y el PPS (Partido Popular Socialista), sirvió para que rápidamente se convirtiera en faro y paradigma de los sectores progresistas mexicanos. Aunque esa distancia polar no era tan intensa como el frío del marxismo internacional hubiera querido, durante su existencia ambas líneas ideológicas y sus partidos fueron con-

vergiendo para desdibujar ese pretendido objetivismo balanceado que la publicación quiso representar. Esta particular percepción de la revista en sus comienzos llevó a que la estatura moral de la empresa creciera ante los ojos del público lector, y que sus debates fueran algunos de los más representativos en tanto los lideraban personajes que empezaban a animar diatribas contra el régimen del PRI que anquilosado parecía intolerante ante otras versiones de lo revolucionario. El que esa intolerancia se desplegara con violencia y represión, erigió a los periodistas y colaboradores de la publicación como figuras centrales del periodismo crítico contemporáneo mexicano. *Política* era la abanderada de ese periodismo para la época. En sus páginas se fraguaba el bronce y se perfilaba el molde del heroico nuevo hombre al que aspiraban todas las orientaciones ideológicas de la izquierda inspirada en la revolución cubana.

La revista estaba formada por un listado de periodistas reconocidos en la época, que apostados en la orilla izquierda del afluyente ideológico nacional, tenían sus plumas prestas para debates intelectuales. Aunque algunos de los nombres que aparecían junto al de Manuel Marcué Pardiñas y Jorge Carrión no escribían continuamente,⁴ al menos su respaldo significaba un guiño aprobatorio a la necesidad de fortalecer en México una prensa que se separara de las prácticas de autoelogio incentivadas por el gobierno a través de subsidios, sobornos o simplemente facilitándole papel y tintas a los medios escritos que le hicieran el juego al régimen con sus exal-

4 Además de los encargados de la parte administrativa, de redacción y distribución, la revista incluyó entre sus colaboradores a Víctor Rico Galán, Ermilo Abreu, Alonso Aguilar, Narciso Bassols Batalla, Fernando Benítez, Enrique Cabrera, Fernando Carmona, Alejandro Gómez Arias, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Eli de Gortari, Renato Leduc, Francisco López Cámara, Salvador Novo, José Santos Valdés, Raúl Prieto, Eduardo del Río García "Rius", y el infallible Vicente Lombardo Toledano.



taciones y silencios de complicidad. (Cano, 1995; Perzabal, 1997) Aunque el país había conocido episodios anteriores en los que el gobierno lograba la mirada complaciente de los periodistas —a lo largo del Porfiriato un sistema de subsidios creció favoreciendo su cercanía con el gobierno (Alba, 1967; Díaz, 1990; Jaimes, 2012)—, para los periodistas de mitad del siglo XX esta orientación de la “gran prensa” era una muestra palpable de la desviación de la Revolución Mexicana hacia el favorecimiento de prácticas autoritarias en detrimento del público y su derecho a recibir información idónea necesaria para formarse una opinión y criterio propios (Orme, 1997). *Política* sería resultado de la inconformidad de numerosos intelectuales y de la creciente presión social por abrir el sistema político a formas más democráticas, que tenían en la prensa opositora una válvula de escape (Rodríguez, 2007).

El fuerte vínculo de la revista con sus lectores fue un logro para un país donde un partido-Estado había monopolizado la esfera pública y el ámbito político oficial a través de mecanismos de cooptación, represión o supresión. El apoyo a la iniciativa opositora fue evidente en la recepción que hizo el público tras su aparición. En la sección *Correo*, donde se hizo público gran parte del diálogo epistolar de la redacción con sus lectores, *Política* anticipaba los temas principales de la quincena, a la luz del intercambio de misivas con sus lectores. Además de anuncios y denuncias de problemas nacionales, en esta sección se realizaron interesantes aportes a los debates entablados en columnas y editoriales, particularmente en temas como el de los presos políticos, las divisiones de la izquierda, y temas intelectuales relacionados con las artes.⁵

⁵ Aunque había un número significativo de cartas provenientes de varias regiones del país (en particular desde Durango, Chiapas

Los lectores escribían a la redacción acerca de su afinidad y sentido de pertenencia hacia la publicación, indicando

cómo desde su fundación considero a *Política* como algo mío, además de exaltar el desafío de haber logrado por primera vez en la historia del periodismo mexicano el máximo galardón a que puede aspirar en su oficio. Identificarse con el pueblo a quien sirve (...) sólo *Política*, solitaria y heroica, cumple la noble misión de informar y servir al pueblo. (RFP “Paloma del Palomar”, 1 de junio de 1961, pp. 2-3)⁶

De alguna forma, la sección epistolar servía para obviar momentáneamente la separación entre los líderes de la renovación intelectual de la izquierda y las masas seguidoras. Este apoyo iba más allá del caluroso espaldarazo, y se reflejó a lo largo de sus siete años de existencia en el acompañamiento que hicieron jóvenes y adultos en las marchas, reuniones políticas —principalmente dentro del programa y proyecto del MLN— y la preservación de la publicación en manos de los lectores, gracias a la ayuda de amigos y donantes. La pobreza asociada con esa autonomía frente al régimen significó un factor que elevó su linaje rebelde junto con otras tendencias políticas de comienzos de 1960, cuando aún estaban frescas las heridas del desfogue represivo hacia los líderes del sindicalismo insurgente de 1958-1959, y que luego tuvo en David Alfaro Siqueiros la manifestación de la continuidad del proceso, pero en el umbral del arte, el ac-

y Morelos), la mayoría eran enviadas desde el Distrito Federal. Si de alguna importancia pudiera ser, vale mencionar que las colonias desde donde más se escribía eran la Roma, la Condesa, Narvarte, Portales y Coyoacán, que sin intentar hacer interpretaciones intrépidas, coinciden con las zonas de la ciudad donde habitaban las personas con mayor cualificación académica, pertenecientes a la clase media, y en casos como la Narvarte, colonias donde el periodismo era un común denominador profesional entre sus habitantes.

⁶ El autor añadió los poemas ‘A la manera de Nicolás Guillén’ y ‘Fuera manos de Cuba’.

tivismo y el periodismo. De alguna forma, la esfera pública alternativa que buscó abrir el periodismo de oposición creaba un escenario para que héroes escribieran una épica batalla contra la estructura de poder imperante, y en la que se escribiría la trágica epopeya de la izquierda mexicana de la década.

En los primeros años de la publicación, uno de los temas más importantes fue el de los presos políticos y el delito de disolución social. Al respecto, un lector que no dio su nombre dijo acerca de los presos políticos,

no son las rejas, ni las pequeñas celdas, ni los uniformes azules, ni la falta de libertad corporal los que van a hacer que este puñado de hombres cambie su manera de pensar, de hacer y desear lo mejor y más grato para sus hermanos. Siqueiros, Mata, Lumbreras, Vallejo y todos los demás pueden estar corporalmente encarcelados, pero sus ideales y propósitos siguen libres y no habrá nada ni nadie que pueda detenerlos. ("Correo", 1961, 15 de jun., p. 3)

Esta carta es de interés, pues no sólo eran los propios periodistas, sino el reflejo en las palabras de los lectores lo que elevaba el carácter de la lucha política de la izquierda al nivel de proezas; la firmeza de los escritos desde las cárceles y su compromiso con el cambio en el país fueron aspectos que imponían un parámetro moral y una autoridad que asignaba a los escritores de *Política* un amplio respeto como propagadores de la verdad. Esa percepción del periodista como iluminador de un camino oscilaba entre un compromiso pedagógico y una autoridad moral, imponiendo unos marcos de referencia respecto a las fuentes de información y conocimiento que podían consultar los lectores.

Aunque sus lectores no necesariamente provenían de las capas bajas de la sociedad,

la revista abrió una oportunidad para crear una esfera pública alternativa a la impuesta por el régimen y la "gran prensa".⁷ Este era un tema que con el pasar de los años aumentaría en importancia, y cuyos efectos fueron fundamentales en el devenir de la publicación y sus colaboradores. Un buen ejemplo de la forma como en la creación de esa esfera pública alternativa se limitó la influencia en el espectro social es la caricatura. Un lector anónimo, padre de familia de un niño en el Colegio Colón del Distrito Federal, denunció la forma como la iglesia prohibía leer ciertas revistas de dudosa orientación ideológica. En el fondo del asunto estaba una queja contra periodistas de diarios como *El Sol de Toluca* y *El Universal*, que incluían entre su arsenal para la pedagogía juvenil "tiras cómicas de desorientación". Se trataba de una escaramuza por la educación pública, que veía con temor el mínimo control existente sobre grupos católicos radicales, en particular aquellos formados en la escuela de Carlos Septién García. ("Anticomunismo escolar", 1961, 15 de jul.) Aunque criticar la cultura popular fuera en dirección contraria al consumo de los jóvenes, la izquierda optó por hacer de lo pedagógico un principio formativo del carácter varonil y revolucionario, y así se exaltaban los principios del periodismo que, en la formación académica y la capacidad de expresar ideas de forma concisa y directa, tenía una pauta para moldear la encarnación de paradigmas carismáticos en el mármol del heroísmo revolucionario.

7 Esta limitación en la influencia social de la esfera pública ha sido problematizada desde el origen mismo de sus postulados. Tanto en el trabajo de Habermas, como en los trabajos de Dahlgren y Kellner que avanzan en la conceptualización de los medios de comunicación según las características peculiares de cada contexto sociohistórico, se señala la dificultad de filtración social de los mecanismos que hacen posible una esfera pública. En tanto se trata en este artículo una esfera pública específicamente de oposición, su solvencia en este aspecto es natural dada la inclusión de capas medias bajas, y lideradas por la *intelligentsia* de cada contexto nacional. (Dahlgren, Sparks, 1993, pp. 12-14; Kellner, 2004, pp. 34-36).



En otros casos, *Política* servía como una válvula de escape y denuncia para sus lectores, a quienes se les respetó el anonimato cuando era solicitado, con el fin de evitar que los efectos de sus reclamos afectaran a sus familias y vidas cotidianas. Aunque abundaban los nombres apócrifos, otros lectores, por el contrario, sí daban a conocer su identidad para no perder la oportunidad del estrellato en ese ansiado instante de reportería rebelde, como en el caso de Carlos Antonio Montes de Oca, quien felicitó al cuerpo editorial

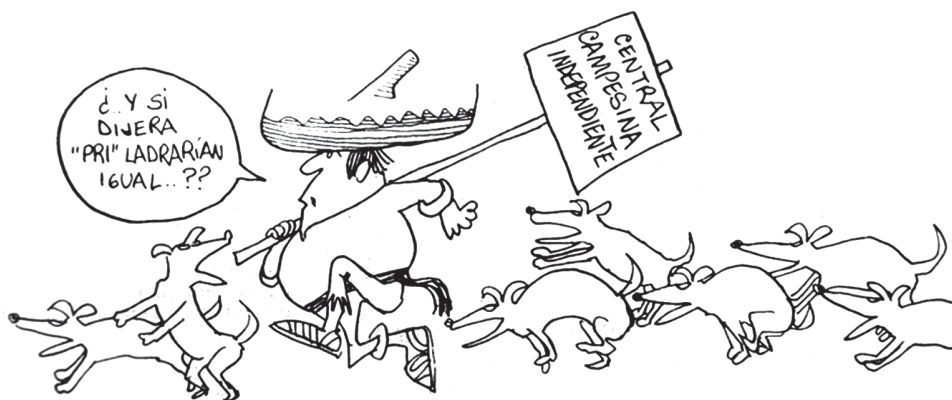
Por su viril, progresista, y única revista que se edita en México, ya que tanto la llamada 'prensa grande' como infinidad de pasquines están al servicio del imperialismo yanqui, así como muchos caricaturistas que son tan aficionados al dólar como Facha, Guasp, Cabral y otros (Montes de Oca, 1961, 1 de ago., p. 1).

El cuestionamiento a los medios de comunicación, así como las peroratas contra los caricaturistas eran realizado porque se consideraban un vehículo de contenidos nocivos para la formación política de la juventud en la sociedad mexicana, una evidencia de la tórrida relación que la izquierda tenía con la cultura popular. Esta tendencia se mantuvo en la revista *Política* al emprender el propósito de elevar el nivel político de sus lectores a través de un ejercicio pedagógico de concientización.

En la forja de una esfera pública alternativa, como arena para escenificar el antagonismo ideológico y la pugna por valores revolucionarios y/o democráticos, las publicaciones de la izquierda trasegaron lentamente hacia una adopción más abierta de sus elementos. Aunque faltaran en *Política* imágenes de historietas o narrativas emulsionadas de moralismo, a la descripción de los rasgos decréptos de un régimen que se

apropió de la retórica revolucionaria y sus símbolos se sumaban temas como el de los presos políticos, la libertad de prensa, la defensa de Cuba y su opción socialista, la educación, el divisionismo de la izquierda, además del descrédito de la política y el oficio periodístico. La diversa temática en *Política* llevó a que la juventud jugase un papel marginal y subordinado entre los problemas abordados en la publicación. Pese a ese acercamiento condescendiente a la juventud, la revista adoptaría unos que en últimas le darían un carácter popular y un espíritu periodístico crítico.

El tema de la represión a periodistas elevó la entonación de las cartas de lectores a un carácter épico por lo que se revistió el ejercicio de la profesión de un aura de heroísmo y sacrificio. Carlos López, un lector de Oaxaca que abominaba las presiones a los periodistas del servicio informativo Prensa Latina y de la revista *Política*, envió una felicitación "a usted y a todos los que hacen de nuestra revista el paladín de la libertad de prensa en México". (López, 1961, 1 de oct., p. 2.) De igual forma, desde Iguala (Guerrero) Juan Campuzano escribió a Manuel Marcué Pardiñas, horrorizado por el poco despliegue informativo que la "gran prensa" dio a la matanza de Chilpancingo. Ante semejante muestra de la manipulación mediática, deseaba estrechar la mano del director, "para felicitarlo por su valiente defensa de nuestro sufrido pueblo guerrerense, cuyas horas de angustia parecen no tener fin". A esta exaltación le sumó una crítica a "los escasos y poco valientes periódicos que se editan en el estado [que] no han sido capaces de hacer hasta hoy la viril y patriótica defensa que usted ha hecho de nuestro pueblo, en tan pocas palabras". (Campuzano, 1963, 1 de ene., p. 3).



Caricaturas políticas de Rius en revista *Política*. Foto de Anuar Ortega publicada en Internet.

La profesión de periodista era un ámbito predominantemente masculino, por lo que las valoraciones sobre la subjetividad revolucionaria fueron expresiones que naturalizaron la virilidad como faceta necesaria en el quehacer revolucionario. *Política* daba un espacio más bien marginal a la mujer, ya fuera entre sus tópicos de análisis de investigación, o como parte de su cuerpo de periodistas. A lo largo de la revisión realizada, no se encontró ninguna columna escrita periódicamente por una mujer, y los reportajes ocasionales producto de una pluma femenina se pueden contar con los dedos de una mano. Pese a esto, en sus páginas sí se reflejaron algunas críticas a Raquel Tibol por su papel como dictaminadora del reconocimiento que merecían artistas cercanos a la izquierda. Tampoco aparecieron artículos relacionados con el rol femenino en la lucha política, y temas como la educación o la pedagogía escolar mantenían el perfil convencional dentro de las formas de hacer política en México y Latinoamérica. En otras palabras, *Política* reproducía el mundo de “lo político” y “lo revolucionario” como un ámbito homosocial donde la fuerza viril establecía pugnas que

legitimaban ciertas tendencias ideológicas, mientras marginaba el papel de las mujeres y los jóvenes a un plano secundario.

En ese sentido, al compararla con otros medios impresos ya fueran afines al régimen o de otros sectores de la oposición de izquierdas, la revista no marcaba un contraste en su capacidad para incluir jóvenes y mujeres en el núcleo de sus plantillas de colaboradores y periodistas.⁸ Este fue un síntoma que la izquierda pudo resolver progresivamente sólo a finales de la década de 1970. (Cohen y Frazier, 2004) (Cohen y Frazier, 1993) La obsesión de perfilar los rasgos del revolucionario como una síntesis de virilidad y sacrificio resulta un indicio digno de atención respecto a los rasgos distintivos del ideal de militancia de la izquierda, que promovido como un héroe y ataviado con las capacidades intelectuales y culturales del periodista, se constituyó en un

⁸ Esta afirmación se basa en la revisión de prensa realizada para esta investigación, que incluyó a *El Día*, y *La Cultura en México*, ambos ejemplos de progresiva inclusión de colaboradoras femeninas, casi siempre Elena Poniatovska. También se revisaron, *Punto Crítico*, *Oposición*, y *El Machete* en su versión de inicios de la década de 1980, que ya incorpora un claro lenguaje que vinculaba caricatura, imágenes, diseño y temáticas que se apropió de espacios dejados de lado por el desdén a la cultura popular.

perfil heroico de subjetividad revolucionaria hecho por y para hombres (Sánchez, 2013).

La reiteración de calificativos de heroísmo y masculinidad no eran gratuitos, pues en la práctica del periodismo es posible visualizar la textura con la que se confeccionaban las subjetividades revolucionarias de la década de 1960. Además de tratarse de escritores cuya forma de vida se compaginaba con las expectativas de virilidad, eran a su vez refinados caballeros de la palabra y la prosa (Perzabal, 1997). Por ejemplo, Manuel Marcué Pardiñas y otros periodistas de reconocida trayectoria en las artes, las letras o la academia, eran cuidadosos en mantener tal imagen, ostentaban vehículos que desencadenaban escenas de acción, pasión y recelo en una ciudad que apenas descollaba a la modernidad y el reconocimiento por la vía de símbolos de estatus masculino (Agustín, 1990; González, 1990; Meisel, 1998; Pine, 1988). Aunque no existen trabajos que articulen el ideal revolucionario y los prototipos de masculinidad heroica en la izquierda a través de un escrutinio del periodo previo a 1968, en México los rasgos de virilidad que proliferaron a través de la cultura popular estimularon ideales subjetivos apropiados para ser portaestandarte de “lo revolucionario” (Saldaña-Portillo, 2003 (Cohen y Frazier, 2004) (Cano, 1995). Mientras el régimen político tuvo un férreo monopolio en la creación de los imaginarios políticos afines a un ideal de revolución que entraba en decadencia, en la década de 1960 la izquierda vino a disputarle ese control en virtud de la crisis de los referentes místicos del nacionalismo que ostentaba el partido de gobierno (Sánchez, 2013). Sin embargo, esos perfiles de masculinidad revolucionaria y heroica mantuvieron al margen a los jóvenes en la configuración de esos escenarios de acción y participa-

ción política, por lo menos hasta 1965, y a las mujeres que durante toda la década enfrentaron la represión, solo que sin alardes de sacrificio y abnegación tan abundante en los escritos periodísticos.

Además de un ejercicio ético y de calidad en el oficio de la redacción, el periodismo de izquierda concentrado en *Política* promovió una refundación de esa subjetividad revolucionaria encabezada por un ideal de masculinidad alternativo al predominante y desvenecijado modelo del burócrata del PRI o el cacique perpetuado en los cuerpos legislativos.⁹ Si se tiene en cuenta que la crisis no sólo era de la izquierda, sino de todo el imaginario revolucionario y de los anclajes que estos tenían en la subjetividad de los mexicanos, el contexto era propicio para poner a prueba novedosos referentes del nacionalismo y llevarlos a la palestra pública para su debate, renovación y aprobación. En este contexto, el empuje intelectual de *Política* aprovechaba una profunda crisis de legitimidad del régimen político, y la pérdida de tracción de los símbolos y ritos de la Revolución Mexicana. La reconfiguración de los preceptos políticos y su vivencia en la profesión del periodismo se vio cruzada por debates respecto a la responsabilidad social del intelectual, tema constantemente indilgado a los que pertenecían a la “gran prensa” que con la boca cerrada y oídos sordos entraban en colusión con el PRI (Orme, 1997).

Mientras la esfera pública alternativa maduraba a través de *Política* según la dirección y fuerza de la ambición de arraigar el perio-

⁹ Los rasgos descritos también coinciden con aquellos del estilo de vida urbano y moderno, en el que la capital mexicana estaba palpitando desde la década de 1940. La sofisticación de estos debates, así como las entrañas de los problemas ideológicos de la izquierda seguían siendo un feudo casi exclusivo de los habitantes de ciudades, quienes subestimaban la importancia de incluir en sus narrativas épicas y arquetipos de acción a los sectores populares y campesinos. (Carr, 1996, pp. 60-87; McCaughan, 1999, pp. 45-63).

dismo crítico y de oposición, en sus páginas se perpetuaban algunas de las facetas más tradicionales de la política mexicana como lo era el machismo y la condescendencia hacia la juventud. El efecto de esta tensión fue una cultura popular de izquierdas ambivalente en sus códigos, pues mientras era fugitiva frente a los símbolos de régimen, estrechaba el abanico de posibilidades para su diálogo con los actores sociales que precisamente entraban a la escena política.

El caso de la caricatura era particularmente dicente, pues mientras denostaba su función siguiendo los reclamos de algunos de sus lectores, se alejaba de la posibilidad de articular entre sus secciones —entre las existentes de Cine, Teatro o Artes Plásticas— una que no sesgara la cultura popular y el diálogo con la juventud a través de los típicos anclajes de distinción que formalizó el régimen político desde la primera mitad del siglo XX. Las facetas que otorgaban reconocimiento público en el activismo y reflexión política no dejaban espacio para que las mujeres y los jóvenes incursionaran en la vida pública política, pese al papel trascendental que ya jugaban y que ha sido poco examinado debido a las limitaciones impuestas para que dejaran huella. En otras palabras, y para complementar el argumento de Barry Carr, al promediar la década de 1960, la crisis de la izquierda no solo estaba en las flaquezas intelectuales de sus liderazgos, sino, además, en la profunda incapacidad de incorporar a los actores sociales que empezaban a ganar fuerza y se destacarían durante la década en la movilización política de oposición en México. Ahora, es necesario elaborar algunos elementos teóricos y conceptuales con respecto a la subjetividad revolucionaria y la importancia de crear una conciencia colectiva a la manera de una esfera pública.

Subjetividad revolucionaria y esfera pública alternativa: conceptos para el análisis

El estudio de los perfiles revolucionarios es una ventana hacia la observación de la década de 1960, un momento de eclosión de nuevos actores sociales —en particular, aquí nos referimos a la juventud y la participación efectiva de la mujer en la política— que permite comprender la vivencia subjetiva de los ideales políticos en una época de lucha social que cambió al país. Quizá uno de los antecedentes analíticos más importante sobre esta problemática es el libro editado por William Beezley (1994). Allí, el autor señala que los líderes del siglo XX mexicano crearon una nueva iconografía incorporando los héroes de la revolución; fue a través de la cultura popular que los roles de esos héroes fueron exaltados y promovidos entre la ciudadanía. Estos constituyeron una religión civil alternativa a la fe católica, que basada en rituales públicos, monumentos y pautas pedagógicas, dotaron a las instituciones políticas posrevolucionarias con legitimidad social. Estas pautas de lealtad a los símbolos patrios se filtraron en la sociedad, inculcadas a través de sistemas de enseñanza y artefactos de la cultura popular, y son una manifestación de relaciones de autoridad/obediencia que incluso antecedieron a la Revolución Mexicana. El análisis de esos iconos, roles sociales, héroes y pautas de adoctrinamiento civil está aún por ser completado, en particular los correspondientes al periodo que precedió el trauma causado con la masacre de Tlatelolco en 1968. Fue justamente allí donde convergieron la crisis de los anclajes místicos del nacionalismo que tenían como referente la Revolución Mexicana, y el despertar de subjetividades cobijadas por una adscripción



revolucionaria que tenía en la revolución cubana un referente de transformación social y nuevo humanismo.¹⁰

Un aspecto interesante es el énfasis en lo revolucionario como un barómetro de la intensidad del compromiso político, y su casi inherente asociación con el papel político desempeñado por individuos interesados en seguir un ideal de masculinidad. La crisis de la Revolución Mexicana invitaba a que proliferaran en el país manifestaciones renovadoras de esos ideales en términos políticos y culturales, para los que el arquetipo del Hombre Nuevo dinamizó el cambio en los valores sociales y los principios morales de la participación política. En el epílogo del libro editado por Beezley, Eric Van Young asegura que en México las pautas ideológicas han estado relacionadas intrincadamente con percepciones morales del mundo que determinaban la acción social. Éstas al estimular pautas pedagógicas y un consumo/reproducción en la sociedad, merecen una conceptualización basada en la especificidad del contexto estudiado. De una parte, *Política* ofreció algunas de las características de esta inclinación por lo simbólico y lo moral, en tanto quiso servir de faro para forjar una cultura de las izquierdas que tuviera en el periodismo su más alto ejemplo de vocería y combatividad, lo que podríamos llamar una cultura popular de izquierdas. De otra parte, el periodismo de oposición en el México que precedió al menos en una década la masacre de Tlatelolco promovió mecanismos para contraponer a la ‘gran prensa’ oficialista, una vocería que podríamos denominar como evidencia embrionaria de una esfera pública alternativa.

¹⁰ Aunque Beezley reunió contribuciones que cubren buena parte de la historia del país, la segunda mitad del siglo XX aun merece mayor atención, la cual ha sido parcialmente cubierta con trabajos no menos significativos. Cohen y Frazier (2004), Cohen y Frazier (1993), McCaughan (1999) y Sanchez (2013).

Esta aserción podría extenderse al periodo posrevolucionario, si tenemos en cuenta la política educativa y cultural de la época y el papel jugado por una población rápidamente urbanizada, que pretendían darle textura al escenario político a través de su vinculación a formas de resistencia/oposición, y la vida pública a través del periodismo y el consumo de artefactos de la cultura popular (Vaughan, 2001; Joseph, 2001; Vaughan y Lewis, 2006). De allí que al sugerir la forma como el régimen recalcaba en la formulación de rituales y rutinas pedagógicas, que contenían pautas sobre la masculinidad y fuerza viril, se puede inferir que el espacio escolar establecía plataformas de celebración gestoras de prototipos de heroísmo civil. Lo mismo ocurría en el contexto de la oposición de izquierdas, solo que los mecanismos pedagógicos eran alternativos, y los marginales y perseguidos por el régimen mismo tenían en el periodismo una vía de escape que ganó fuerza durante los años 1960.

En un trabajo que estudia la intersección entre la mitificación de los héroes, la cultura popular y la influencia ideológica en Latinoamérica durante la Guerra Fría, María Josefina Saldaña-Portillo presenta la convergencia o polisemia de discursos revolucionarios como producto de un constante reacomodamiento ideológico y de las prácticas políticas necesarias para articular con efectividad las expectativas sociales frente al cambio político y el ideal de revolución (Saldaña-Portillo, 2003; McCaughan, 1999). Para Saldaña-Portillo, en la postguerra estos discursos promovieron narrativas de la liberación vehiculadas en nociones abstractas como “revolución”, “modernidad” y “desarrollo”. Estas narrativas de la liberación —tan disímiles y divergentes, como análogas y simultáneas— convergían en promover subjetividades emancipadas puestas

en una escena en la que predominaba el cambio social como la meta moralmente más válida para que individuos y colectividades figuraran en la historia nacional. Aunque la autora desarrolla un análisis de la compleja dinámica por la que discursos y prácticas de acción política coincidieron en legitimar la aparición de modelos de subjetividad en toda América Latina, el valor de su investigación está en que abrió un camino interpretativo que arroja luz sobre la forma como mujeres, jóvenes y adultos se insertaron en la vida política de la región en la década de 1960. Por un lado, las narrativas de liberación prescribieron ideales humanos cristalizados en héroes que servían como marcos de referencia moral; por otro, esos héroes inspiraron formas de acción épica que progresivamente poblaron el imaginario político a lo largo de las décadas posteriores al triunfo de la revolución cubana, donde guerrilleros como Ernesto “El Ché” Guevara, Camilo Cienfuegos o Camilo Torres Restrepo sirvieron como referente subjetivo ideal, pero no único o normativo. Por así decirlo, cada país recreó un ideal de Hombre Nuevo basado en las facetas que despertaban la animosidad particularmente entre los jóvenes.

A la eclosión de subjetividades que se disputaban el título de “revolucionarias” desde campos tan disimiles ideológica y discursivamente en la década de 1960, se le debe incluir la instrumentalización de los medios de información para difundir valores, rasgos y aspiraciones propios de subjetividades orientadas a servir como paradigmas alternativos de heroísmo y masculinidad revolucionaria. Los estudios sobre la cultura popular han dado atención marginal a la prensa de la izquierda, una situación compartida con las disciplinas encargadas de explorar los medios de comunicación (Joseph, 2001). Como afirma Gilbert Joseph, el siglo XX estuvo marcado por la pro-

liferación de artefactos culturales destinados al consumo masivo, de cuya influencia no escapaba ni la izquierda institucional, ni las alternativas emergentes volcadas a satisfacer un público juvenil difícil de alinear con los bandos tradicionales de la política mexicana (Joseph, 2001). Este fue un fenómeno que se acentuó en la década de 1960, cuando convergieron la progresiva concentración de los medios de comunicación en monopolios, la erosión de los referentes del patriarcado y paternalismo propios del nacionalismo revolucionario, y se establecieron nuevos arquetipos para medir el compromiso político en tanto se reformuló y/o amplió la noción de “revolución”, gracias a la crisis del proceso en México -el reflejo ejemplar de Cuba- la ilusión de su extensión a toda América Latina, y las luchas de descolonización en Asia y África.

De allí que la noción de una esfera pública alternativa se proponga en parte ante la necesidad de cotejar ese monopolio en la producción de sentidos y anclajes subjetivos, con el hecho de que el régimen político controlaba las imágenes, símbolos y narrativas avaladas oficialmente como propias del heroísmo y la subjetividad revolucionaria masculina aceptable en el México de la segunda mitad del siglo XX. Así, la esfera pública alternativa estuvo formada por aquellas iniciativas periodísticas e intelectuales que ampliaron el debate llevando sus códigos a un público amplio a través de publicaciones como *Política*. Pese a que intentaron despertar a los nuevos actores incorporados a la vida política —jóvenes— y electoral —mujeres— a través de versiones alternativas y disidentes de la narrativa oficial, esa esfera pública alternativa estuvo sesgada en tanto la inclusión era apenas nominal, y más bien promovió la continuidad de prejuicios y estereotipos que perpetuaban la subordinación por factores de edad y género, algo



que distaba de la realidad si se considera la importancia femenina y juvenil en las movilizaciones ocurridas en México entre finales de la década de 1950 y durante la de 1960.

La noción de una esfera pública alternativa, empero, podría permitir superar la resistencia que la izquierda ha mantenido tradicionalmente a que se la encuadre dentro de las formas o productos de la cultura popular, por considerarlas facetas alienantes o de contenido cuestionable en las democracias occidentales. La izquierda en general ha tendido a marginar la reflexión en torno a los atributos de la cultura popular para consolidar la conciencia social. La constante evocación en las filas de la izquierda de su virilidad y estatura moral por la lucha contra los regímenes autoritarios de México y América Latina, ha servido paradójicamente como un mecanismo para que desde sus innumerables facciones se rechace y reproche a la cultura popular, y haya un literal abandono a las fauces del sistema capitalista. Aunque las izquierdas en México y toda América Latina se sirvieron de diversos mecanismos para difundir sus propuestas y afianzar un vínculo social y cultural con la población juvenil, la idea de una “cultura popular de izquierdas” puede abrir espacios de interpretación de una esfera pública alternativa a la cual *Política* contribuyó entre 1960-1967.

Los procesos revolucionarios prefiguran un futuro habitado por individuos que representan imágenes míticas en las que han sido tallados los valores que el cambio social exalta. En el contexto mexicano, la revolución de 1910-1917 promovió un ideal masculino revolucionario, que para la década de 1960 no resistía el dinámico cambio social y cultural que tenía lugar en el país y el mundo. Mientras la causa popular, ya institucionalizada, buscaba un hombre que “habrá de ser honrado, capaz, patriota y revolucionario, entendiendo por esto

último la fidelidad a los principios, todavía más simbólicos, de la manida revolución ‘a la mexicana’”, (Abreu, “Doña disolución social”, *Política*, 1 de noviembre de 1961, p. 13.) sus opositores empezaban a formular un nuevo ideal de subjetividad revolucionaria acorde a sus tiempos y las necesidades políticas del país.

Los intentos del régimen político por promover sus líderes como ápices del proceso revolucionario provocaban en la izquierda un sinsabor, pues demostraban que si bien el país tuvo una etapa revolucionaria, el camino desviado requería la virilidad y convicción de un nuevo tipo de hombre revolucionario para regresarla a su ruta inicial. Mientras la izquierda impulsó un prototipo de individuo para rejuvenecer su revolución ideada y se sirvió de la revista *Política* como su vocera, el PRI debió recomponer la mística de la revolución y, además, rehabilitar a través de sus rituales nacionalistas el modelo de subjetividad revolucionaria que mejor se ajustara a sus orientaciones ya de por sí alejadas de las expectativas de la izquierda emergente. En resumen, la esfera pública alternativa se constituyó en el ámbito en el que se facilitó la emergencia de subjetividades revolucionarias innovadoras, de las cuales surgieron arquetipos de acción y pensamiento cristalizados en el perfil del periodista heroico y viril, que dotado del lustre de la combinación de educación y cultura pudo incidir en la formación de los variados prototipos del Hombre Nuevo revolucionario.

Conclusión

Desde su creación, y hasta finales de 1967 cuando dejó de publicarse, *Política* padeció el hostigamiento orquestado por el gobierno, y el aislamiento promovido por las instituciones afines al régimen luego de su firme posición respecto al tema de los presos políticos y el

ejercicio de reflexión sobre las vejaciones de la sociedad mexicana que de allí surgió. Desde 1965 se hizo evidente en sus páginas que los efectos de tales presiones hicieron a sus colaboradores más susceptibles de encarnar de la forma más dramática ese ideal de masculinidad revolucionaria como un mecanismo de defensa, pero sobre todo como muestra de la práctica de un periodismo comprometido y de cara a las necesidades de lucha para la salud de la oposición al PRI. Luego de la exoneración que hizo el presidente Adolfo López Mateos de los delitos imputados a David Alfaro Siqueiros, justo unos meses antes del cambio presidencial, Filomeno Mata se convirtió en el receptáculo de los rituales de exaltación de los valores del periodismo heroico en la revista. Desde entonces, y como en un trágico ritual, las principales plumas que desfilaron por *Política* empezaron a caer en poder de las autoridades represoras del gobierno para ahora desfilar en ese reducto oprobioso de las cárceles del país. Desde la Cárcel Preventiva y Lecumberri abundaron las columnas provenientes de las sucesivas oleadas de presos políticos que las atiborraron a lo largo de la década que presagiaría la masacre de Tlatelolco. Víctor Rico Galán y Manuel Marcué Pardiñas repasaron los pasos trágicos de sus adalides caídos en desgracia en la primera mitad de la década de 1960, en buena medida inspirados en el valor periodístico de Régis Debray en sus aventuras en Bolivia — que también incluyeron un periodo en la cárcel estrictamente seguido por la revista—, y las imágenes de los sacrificios de Ernesto “El Ché” Guevara y Camilo Torres Restrepo, que les sirvieron como inspiración.

En los años previos a su desaparición de los pocos kioscos que la distribuían, el arquetipo del periodista heroico empezó a hibridarse en las secciones quincenales de *Política* con

la realidad de los presos y el vigor de travesías insurgentes que, seguidoras de las guerrillas cubanas, hicieron proliferar experiencias de rebeldía en Venezuela, Perú y Colombia, la descolonización del Congo y Argelia, y la intervención norteamericana en Vietnam y República Dominicana. “Uno, cien o mil Vietnams” como urgía “el Che”. La incandescencia de la Revolución Cubana devino en llamadas aquí y allá. La revista *Política* registró un viraje progresivo, que para los años de 1964 y 1965 transformó la plantilla de periodistas y colaboradores, perfilando aún más su posición radical en contra del régimen político mexicano. Así mismo, la radicalización elevó el carácter de martirio sufrido por los presos políticos para consolidar el ideal del periodismo heroico como baluarte para el cambio que necesitaba la sociedad. La subjetividad revolucionaria era encarnada en el periodista heroico, un imaginario homosocial que perpetuaba la distinción de género en el reconocimiento de los alcances del activismo y la movilización social como de propiedad exclusiva de los hombres. Los antecedentes que fomentaron una subjetividad revolucionaria a través del periodismo merecen la atención de la investigación social, que debería atender influencias para figurar el ideal del Hombre Nuevo tales como arquetípicos escritores entre quienes se puede incluir a Jean Paul Sartre, Charles Wright Mills, Bertrand Russell y Ernesto “el Che” Guevara, así como de los periodistas locales que tomaron a estos como inspiración y marcos de acción moral. En el presente artículo se ha intentado tejer el prelude de tal historia guiados por el parámetro de subjetividad del periodismo comprometido y la convergencia de discursos de lo revolucionario y viril en una publicación quincenal que surgió y desapareció en la década de 1960 en México.



Los conceptos de subjetividad revolucionaria y esfera pública alternativa han servido como guía para discernir particularidades del proceso de transformación de la izquierda mexicana y el periodismo de oposición en la década de 1960 en México. A la luz de la problematización de las construcciones teóricas y sus antecedentes analíticos en la investigación social sobre el México contemporáneo, este trabajo ha intentado arrojar luz sobre las ambigüedades de la relación entre la izquierda, el periodismo de oposición, y los sectores sociales —principalmente jóvenes y mujeres— que se aprestaban a trascender el lugar marginal que le había legado el paternalismo de los sectores progresistas. A su vez, se han presentado algunos elementos tentativos acerca de la correlación entre la cristalización de un ideal de acción política heroica y la naturalización del ámbito político y revolucionario como un espacio exclusivamente masculino. Si algo permite esto último,

es apreciar las dimensiones particulares que adoptó el arquetipo del Hombre Nuevo en el contexto mexicano, una temática que merece mayor atención en la investigación social en nuestros días.

Si bien las facetas internacionales que marcaron el periodismo de oposición son cercanas a la del ideal del Hombre Nuevo, es necesario reconocer la forma en que influencias locales animaron ese arquetipo revolucionario para moldear en últimas la profesión del periodismo. La década de 1960 fue un momento en que jóvenes y adultos estaban frente a paradigmas generacionales a seguir, como una condición para ganar un lugar en la historia del país del lado moralmente aceptable de la renovación revolucionaria. En la comprensión de las dificultades que implicaba esa conjugación de perfiles políticos de individualidad revolucionaria se encuentran las claves para comprender el auge y declinar de la revista *Política* en los años subsiguientes.

Bibliografía y Fuentes Primarias

Fuentes primarias

- Abreu, E. (1961, 1 de nov.) *Política*, Sección correo, p.3.
- "Anticomunismo escolar", (1961, 15 de Julio) *Política*, México D.F., p 2.
- Campuzano, J. (1963, 1 de enero) *Política*, México D.F., p. 3.
- Carrión, J. (1963, 1 de sept.), *Política*, México, D.F., p. 27.
- "Correo", (1961, 15 de jun.) *Política*, México D.F., p. 3.
- "Editorial", (1961, 15 de feb.) *Política*, México, D.F., p. 2.
- López, C. (1961, 1 de oct.) *Política*, México D.F., p. 2.
- Montes de Oca, C. (1961, 1 de ago.) *Política*, México D.F., p. 1.
- Pardiñas, J. (1962, 15 de feb.) *Política*, México, D.F., p. 11.
- RFR, "Paloma del Palomar", (1961, 1 de jun.) *Política*, México D.F., pp. 2-3.
- Santos V. (1962, 15 de mar.) *Política*, México D.F., p 28.

Bibliografía Citada

- Agustín, J. (1990). *Tragicomedia Mexicana 1*. México: Planeta.
- Alba, V. (Ene. 1967). The Mexican Revolution and the Cartoon. *Comparative Studies in Society and History*, 9(2), pp. 121-136.
- Beezley, W. (Ed) (1994). *Rituals of rule, rituals of resistance: public celebrations and popular culture in Mexico*. Wilmington: SR.
- Cabrera, P. (2006). *Una inquietud de amanecer: literatura y política en México, 1962-1987*. México: UNAM-CEIICH-Plaza y Valdés.
- Cano, A. (Ed). (1995). *Las publicaciones periódicas y la historia de México*. México: UNAM-Hemeroteca Nacional-IIB.
- Carr, B. (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. México: ERA.
- Cohen, D. y Frazier, L. J. (2004). México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las 'mujeres' en las calles. *Estudios Sociológicos*, 22 (3), pp. 591-623.
- Cohen, D. y Frazier L. J. (1993). "No solo Cocinábamos...": historia inédita de la otra mitad del 68". En Semo, I. (ed). *La Transición Interrumpida: México 1968-1988*. (pp. 108-116). México: Universidad Iberoamericana-Nueva Imagen.

- Dahlgren, P. & Sparks, C. (1993). *Communication and Citizenship: Journalism and the Public Sphere*. New York: Routledge
- Díaz, M. E. (1990) The Satiric Penny Press for Workers in Mexico, 1900-1910: A Case Study in the politicization of Popular Culture. *Journal of Latin American Studies*, 22(3), pp. 497-526.
- Douglas K. (2002). Habermas, The Public Sphere, and Democracy: A Critical Intervention (Publication en internet) (<http://pages.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/papers/habermas.htm>) [Consultada en diciembre 28, 2013]
- González, S. (1990) *Los bajos fondos*. México: Cal y Arena.
- Jaimes, P. (2012). Los usos de la sátira en la prensa anarquista mexicana del periodo revolucionario. Regeneración 1910-1918", *Pacarina del Sur* [Publicación en línea] 3(11), (Jun). www.pacarinadelsur.com/home/alma-matinal/425-los-usos-de-la-satira-en-la-prensa-anarquista-mexicana-del-periodo-revolucionario-regeneracion-1910-1918[Consultada en diciembre 28, 2013]
- Joseph, G., Rubenstein, A. & Zolov, E. (2001) *Fragments of a Golden age. The politics of culture in Mexico since 1940*. Durham: Duke University Press.
- McCaughan, E. (1999). *Reinventando la revolución. La renovación del discurso de la izquierda en México y Cuba*. México: Siglo XXI.
- Meisel, P. (1998). *The Cowboy and the Dandy: Crossing Over from Romanticism to Rock and Roll*. Oxford: Oxford University Press.
- Negt, O. & Kluge, A. (1993). *Public Sphere and Experience: Toward an Analysis of the Bourgeois and Proletarian Public Sphere*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Orme, W. Jr (Ed) (1997). *A culture of collusion. An inside look at the Mexican press*, Miami: North-South Center Press-University of Miami.
- Perzabal, C. (1997). *De las memorias de Manuel Marcué Pardiñas*. México: Editorial Rino.
- Pine, R. (1988). *The Dandy and the Herald: Manners, Mind and Morals from Brummel to Durrell*. New York: MacMillan-St. Martin's Press.
- Reynaga, J. (2007). *La Revolución cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*. (Tesis de Maestría). Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Rivera, J. (2004) Balance Histórico de la Revista Problemas Agrícolas e Industriales de México, *Tiempo y Escritura UAM* 1. Recuperado de http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye16/art_hist_01.html.
- Rodríguez, J. (2007). *La otra guerra secreta: los archivos prohibidos de la prensa y el poder*. México: Random House Mondadori.
- Saldaña-Portillo, M. J. (2003). *The revolutionary imagination in the Americas and the age of development*. Durham: Duke University Press.
- Sánchez, J. C. (2013). Crisis mística, educación y juventud: La formación del perfil moral del periodismo en la revista Política, 1960-1967. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* 45, Enero-Julio, pp. 97-144.
- Vaughan, M. K. (2001). *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. México: FCE.
- Vaughan, M. K. y Lewis, S. (2006). *The Eagle and the Virgin: Nation and Cultural Revolution in Mexico, 1920-1940*, Durham: Duke University Press.